



Fachada sur de la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, empezada en 532 y acabada en menos de cinco años. Fue su principal arquitecto Antemio de Tralles y su ayudante Isidoro de Mileto, pero, según un cronista de la época, el primer artífice fue el propio Justiniano.

Reconquista de Occidente por los imperiales. Justiniano

La muerte de Atila y la disgregación de los diversos grupos étnicos que le obedecían dieron lugar a trastornos generales en Occidente. Mientras pueblos de diferentes razas peleaban en la Europa central para disputarse las tierras de pastos del Danubio, en la Galia, los francos, libres de la amenaza de los hunos, repetían sus campañas contra los visigodos, establecidos al sur del Loira, y aun

llegaban a perseguirlos hasta España. Es de imaginar lo que sufrirían en estos ataques y contraataques las poblaciones romanas de ambos lados del Pirineo.

Con todo, para los funcionarios imperiales la anarquía producida en el Oeste por las invasiones teutónicas no debió de parecer mal irremediable. No tenían, como nosotros, la visión de los acontecimientos suce-

Un yelmo del siglo VI procedente de una tumba de Krefeld (Landschaftsmuseum, Krefeld). En la caída del Imperio romano, los bárbaros del Norte desempeñaron un papel de sustitución, más presto a romanizarse que a imponer sus costumbres en las tierras invadidas.



sivos y no creían que la pérdida de la Galia y de España fuese definitiva. Los pueblos teutónicos, en especial los visigodos, se llamaban todavía *confederados* del Imperio; más a la periferia, los francos insistían en justificar su avance con títulos legitimados por donaciones imperiales. El Imperio, para todos, permanecía aún intacto, único e indivisible; bastaría, en momento oportuno, sacar provecho de los odios feroces que dividían a los germanos, para lograr que se destruyeran mutuamente. Al desaparecer los bárbaros, ya aniquilados, ya absorbidos por Roma, como lo fueron en siglos pasados galos y samnitas, los municipios latinos, ahora

ahogados dentro de sus murallas, podrían vivir de nuevo con libertad, y la prosperidad y el comercio se restablecerían, como en tiempos de Trajano.

El concepto actual de que el Imperio es una forma supermonárquica de gobierno que tiene por esencia un carácter de universalidad estaba arraigado en las mentes latinas, acostumbradas al imperialismo romano. Hoy hablamos de Imperio de Oriente y de Occidente como de dos monarquías separadas; nos parece posible que una pudiera destacarse enteramente de la otra y que una —la de Occidente— pudiera ser un mosaico de naciones sin depender de la administración imperial única de Constantinopla. Pero este concepto era entonces políticamente absurdo. Como el pontificado, el Imperio era absoluto y universal; podía ser regido por dos emperadores, uno en Constantinopla, con su colega en Roma, o viceversa, pero la idea imperial no permitía división. Por esto era inconcebible que las provincias occidentales, ocupadas por los bárbaros, pudieran emanciparse y separarse definitivamente del Imperio. Y los germanos, más familiarizados con la idea clásica del Imperio que nosotros, no se habían atrevido a vanagloriarse todavía claramente de una usurpación total de la soberanía en las tierras imperiales que ocupaban en el occidente de Europa.

El concepto, casi supersticioso, de la unidad del Imperio hubiera podido facilitar la reorganización de las provincias occidentales, con gobernadores bárbaros que habrían sido elegidos por sus diversas naciones y refrendados por la administración de Constantinopla o de Ravena; no obstante, lo dificultaban las costumbres teutónicas y su jurisprudencia peculiar. Además se encontraba un extraño entorpecimiento para facilitar la mutua cooperación entre el Imperio y sus *foederati* teutónicos: los bárbaros eran en su mayoría irreducibles arrianos, y en las provincias occidentales la mayoría de la población latina y los funcionarios imperiales eran decididamente católicos. El papa, obispo de Roma, en muchas ocasiones tuvo que ejercer funciones que de hecho correspondían al emperador, puesto que éste, residiendo en Constantinopla, a menudo carecía de energía y solicitud para ocuparse en los problemas que presentaba la situación de Occidente.

Por otra parte, es aún un enigma lo que constituía el arrianismo de los bárbaros teutónicos; pero los ostrogodos, visigodos, suevos, longobardos y, sobre todo, los vándalos sentían una feroz repugnancia por la jerarquía y usos de la Iglesia católica. Sospechamos que más que una convicción religiosa los movía a esta actitud discolá de semiarria-

***Fíbulas de plata dorada
fabricadas por los ostrogodos,
que a fines del siglo V
y principios del VI dominaban
Italia y las regiones circundantes
(Museo Nacional, Belgrado).***



nismo el empeño en permanecer independientes, sin la inspección, que empezaba a estar severamente organizada, de la Iglesia romana. Muchas de sus costumbres seculares hubieran sido tenidas por los católicos como incompatibles con el cristianismo, y además había el culto secreto de Odin (Wotan), que podía mantenerse al margen de un cristianismo arriano, pero no del católico.

En aquella época una sola cosa preocupaba grandemente a la administración imperial, siempre con una cabeza en Constantinopla, y a veces con otra en Roma o en Ravena: la pesadilla de cómo libertar de los vándalos las provincias de África. Los vándalos permanecieron tranquilos (con excepción de sus luchas con los suevos) en el sur de España. Allí fueron a hostigarles los visigodos, al servicio del Imperio, ya en tiempos de Ataúlfo y Valia; por fin, en 428, invitados por cierto conde llamado Bonifacio, pasaron el estrecho y ocuparon las provincias que hoy componen Argelia, Túnez y Trípoli. Esta ocupación de África por los vándalos fue una calamidad, sobre todo para Italia, porque Roma no recibía ya el grano de Egipto, que iba ahora a Constantinopla, sino el que se llevaba directamente de Cartago a Ostia. Además, los vándalos se habían hecho piratas y paralizaban la vida marítima del Mediterráneo.

Parece curiosa la extraña facultad de los teutones para dedicarse a la navegación en cuanto se les presenta una oportunidad para ello. Los vándalos hacía siglos que no navegaban; habían recorrido Europa de un extremo al otro sin disponer más que de pira-



***Cabeza de Avito, emperador romano
de Occidente, de origen galo
(Museo de las Termas, Roma).***

***A la muerte de Petronio Máximo,
los visigodos le proclamaron emperador.
El senado romano ratificó su elección, pues
era conocido por su talento militar,
pero el emperador de Oriente
le consideró siempre usurpador
y por eso le negó toda ayuda.
A los quince meses de reinado
le depuso el general suevo Ricimero.
Avito murió al intentar la huida.***



Díptico consular de Flavio Anastasio, cónsul de Constantinopla en 517 (Biblioteca Nacional, París). Obsérvese la parte inferior de las hojas con la típica escena circense, dos caballos con sus domadores y un grupo de cómicos.

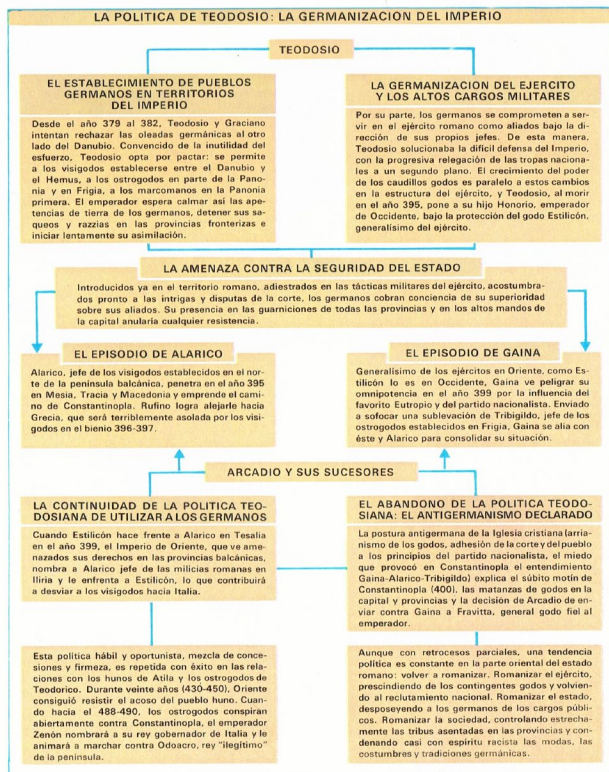
guas para atravesar los ríos, y al llegar al África y encontrarse con que el desierto les cerraba el paso por el Sur, se convirtieron en marinos, con una maestría que parece exigir siglos de experiencia. Claro está que el Mediterráneo forma una unidad, y los vándalos debieron de aprovecharse de pilotos griegos y latinos, que no preguntaban a

quién servían, sino contra quién se dirigían sus embarcaciones. Los vándalos, por otra parte, no tenían objetivo determinado; no sentían por el Imperio ninguna simpatía, pues nunca habían estado alistados a su servicio, pero tampoco lo odiaban. Los escritores contemporáneos, que estaban amedrentados por los vándalos, reconocen, empero,

que eran castos, sencillos, inteligentes y valerosos. Su única pasión era el odio a los católicos; se sentían en esto empujados por la divinidad. El rey vándalo Genserico, habiéndole preguntado un día su piloto hacia dónde dirigirían sus buques de rapiña, le contestó: "Contra aquellos que Dios quiera castigar". Todo lo demás lo fiaba a la voluntad del viento. Y los que Dios quería castigar, según los vándalos, eran naturalmente los "herejes" católicos.

Los vándalos habían conquistado las Baleares, Córcega y Cerdeña. Como los imperiales no tenían armadas en el Mediterráneo occidental, los vándalos causaban los mis-

mos estragos que siglos después los corsarios berberiscos cuando desembarcaban en Sicilia, en Italia o en España. El año 455 saquearon a Roma y sólo logró contenerlos el papa, quien además obtuvo de Genserico tres concesiones: que no se molestaría a los ciudadanos indefensos, que no se incendiarían los edificios públicos ni se torturaría a ningún cautivo. De todos modos, el saqueo de Roma por los vándalos duró días, tras los cuales regresaron impunemente a África. Como botín se llevaron, entre otras cosas, los tesoros del templo de Júpiter Capitolino, que habían arrasado los otros invasores, con los vasos y candelabros del templo de





Teodorico, rey de los ostrogodos, en una partida de caza, según un relieve del siglo XII en la fachada de San Zenón de Verona. Enviado a Italia por el emperador de Constantinopla, barrió de allí a los hérulos, que con su jefe Odoacro la dominaban por completo, y se estableció en el Norte, imponiendo su autoridad en toda la península. Reinó treinta y dos años, buscando en todo seguir la tradición imperial romana, de cuya cultura era un gran admirador.

Jerusalén, que Tito había traído a Roma. Tal estado de cosas no podía tolerarse si el Imperio quería conservar una sombra de dignidad. Por esto, cada vez que en Oriente o en Occidente aparecía un gobernante católico, su primera preocupación consistía en organizar una expedición contra el África dominada por los bárbaros.

Pero el golpe de gracia a los vándalos vendría de las provincias orientales. Algunos detalles de la sucesión imperial en este período, en el Occidente, darán idea de la descomposición social que reinaba en Italia; además, revelarán al lector la mentalidad de las gentes romanas y bárbaras y su relativa manera de entender la idea del Imperio.

El año 455, Valentiniano III, descendiente del gran Teodosio, pero completamente incapaz, moría asesinado en Roma, en el campo de Marte. Una sombra de senado aclamó emperador a un patricio rico, de costumbres fastuosas, llamado Petronio Máximo; éste, que había tomado parte en el asesinato de Valentiniano, quiso contraer matrimonio con la emperatriz viuda y que, a la vez, la hija de ésta se casara con su hijo. No es de extrañar, pues, que a la llegada de los vándalos muriera Petronio Máximo arrastrado por el populacho de Roma, y que la emperatriz y su hija siguieran a Genserico, prefiriendo el África con sus bárbaros a la Roma del siglo V con sus patricios envejecidos.

El sucesor de Petronio Máximo fue un romano de provincias, impuesto por los visigodos de la Galia. Era aquel mismo Avito al



Una moneda de oro de Teodorico, rey de los ostrogodos, con su effigie en relieve (Museo Nacional, Roma).



El duelo entre Teodorico y Odoacro se halla maravillosamente representado en estas dos muestras de arte del siglo XII, una miniatura del Códice Palatino (Biblioteca Vaticana) y un detalle de los relieves del portal de San Zenón, de Verona.



que hemos visto, en el capítulo anterior, servir de agente de Aecio para conseguir que los visigodos lucharan al lado de los imperiales contra los hunos. Conocemos infinidad de detalles sobre la vida y posición de Avito en la Galia. Tenía una gran hacienda en Clermont-Ferrand y era poseedor de inmensa fortuna. Pero, cosa extraña: el culto gran señor de la Galia parece haber demos-

trado rudas maneras y costumbres licenciosas al llegar a Roma. Por esta y otras causas, el emperador, cliente de los visigodos, no duró más que un año. Un capitán de los bárbaros de Italia lo depuso y, no creyendo necesaria su muerte, le hizo tonsurar y lo envió a las Galias.

El caudillo que así eliminaba a un emperador era de origen suevo y llevaba sangre

EL ÚLTIMO PERIODO DE LAS INVASIONES EN OCCIDENTE: DEL AÑO 395 AL 476

Emperadores y generalísimos	Los usurpadores	Los germanos en la Galia, España y Bretaña	Los germanos en Italia y África del Norte
395 Honorio sucede a su padre Teodosio.			
395-408 Estilicón, generalísimo de los ejércitos.			401 Alarico penetra en Italia sin que Estilicón logre detenerle.
			405 Los ostrogodos y otras tribus germánicas pasan el Danubio y los Alpes en dirección a Italia. Los romanos lograrán aniquilarlos cerca de Florencia.
		406 Ante la amenaza de los hunos, los asdingos (vándalos), los cuados (suevos), los burgundios y los alanos (sármatas) cruzan el Rin y penetran en la Galia.	
	407 Usurpadores en Bretaña: Marco, Graciano, Constantino.		
	409 Usurpación de Jovino en Maguncia.	409 Suevos, vándalos y alanos en España.	408 Penetraciones sucesivas de los visigodos de Alarico en Italia. Los bárbaros cercan a Honorio en Ravena.
	409 Detentación de Máximo en Tarragona.		
411-421 Constancio, generalísimo de los ejércitos y augusto (417).			410 Los visigodos y numerosos ostrogodos de Panonia sitian por tercera vez Roma y el 24 de agosto saquean durante tres días la ciudad.
		412 Ataúlfo se establece en el sur de la Galia.	411 Muerto Alarico y elegido Ataúlfo, los visigodos, tras intentar pasar a África, marchan a la Galia.
423 Juan, junista de Ravena, emperador.		414-415 Ataúlfo obtiene de los romanos Aquitania, pero Constancio le obliga a retirarse a Tolosa.	
424 Valentiniano III, emperador bajo la regencia de Gala Placidia.		422 Los vándalos alcanzan el sur de España.	
425-433 Félix, Bonifacio y Aecio rivalizan por el título de generalísimo.			428 Bonifacio, gobernador de África, llama en su ayuda a Gunderico, que cruza el estrecho de Gibraltar.
			431 Genserico concluye la conquista de África del Norte tras haber dominado la resistencia de última hora de Bonifacio, nuevamente fiel al Imperio.

Emperadores y generalísimos

Los usurpadores

Los germanos en la Galia, España y Bretaña

Los germanos en Italia y África del Norte

433-454 Aecio, generalísimo de los ejércitos.

455 Petronio Máximo, senador y amigo de Aecio, emperador.
455 Avito, proclamado emperador por el rey burgundio Gondebaldo.
456 Ricimero, generalísimo de los ejércitos.
457 Mayoriano, proclamado emperador por Ricimero.
461 Severo, lo designa emperador Ricimero.

467 Antimio, aclamado emperador por Ricimero.

472 Olibrio, nombrado emperador por Ricimero.
472 Asesinato de Ricimero.
473 Glicerio, nombrado emperador por el rey Gondebaldo.
473 Orestes, generalísimo de los ejércitos.
474 Nepote es designado emperador por Zenón.

475 Rómulo Augústulo, hijo de Orestes, emperador.

455 Usurpación de Marcelino en Dalmacia.

436 Aecio reorganiza la Galia: establecimiento de los francos en el Norte en torno a Maguncia, de los alamanes en el Sur cerca de Worms, del resto de los burgundios en el Alto Rodano.
439 Bretaña es abandonada.

451 Los hunos invaden la Galia: batalla de los Campos Cataláunicos.

461 Hegemonía visigótica en la Galia: reino de Tolosa.

471 Expansión del nuevo reino burgundio.

435 Aecio firma un tratado con Genserico: los romanos establecen a los vándalos como federados en África del Norte a cambio de que ellos respeten el "statu quo".

439 Independencia de los vándalos, que conquistan Cartago y disponen ahora de un puerto y una poderosa flota en el Mediterráneo.

452 Los hunos, reagrupados después de la derrota de los Campos Cataláunicos, invaden Italia sin encontrar resistencia; es el papa León quien consigue la retirada de Atila de Italia.
455 Ataques de los vándalos contra Sicilia, Italia, Cerdeña, Córcega y Baleares. Genserico asalta y saquea Roma.

465 Dominio vándalo en el Mediterráneo: conquista de Cerdeña, expediciones contra Grecia, Epiro e Iliria.

474-475 Genserico firma un tratado de paz y alianza con el emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, y con el de Oriente, Zenón.

476 Las tropas germanas en Italia se sublevan, destituyen a Rómulo y proclaman rey de Italia a Odoacro, hijo de un príncipe suevo.

El llamado palacio de Teodorico, en Ravena, que se levanta junto a la basilica de San Apolinar el Nuevo. Parece que este edificio no tiene del rey ostrogodo más que el nombre, pues, en realidad, perteneció a los exarcas bizantinos y es producto de los siglos VIII-IX.

de estirpe real visigoda. Se llamaba Ricimero, y con el título de conde y patricio tomó en sus manos los destinos de Italia por espacio de veinte años. Sin embargo, tampoco Ricimero se hizo coronar emperador, sino que eligió como sucesor de Avito a un romano llamado Mayoriano, joven todavía, que ya se había distinguido al lado de Aecio en varias campañas. Esta elección fue ratificada por el emperador de Constantinopla, quien aceptó a Mayoriano como colega para las provincias occidentales. El gobierno de Mayoriano duró sólo cuatro años; en ellos hizo esfuerzos heroicos para restablecer el orden y, sobre todo, reconquistar el África. Primero trató de enterarse de las condiciones del país y al efecto pasó a visitar a Genserico, disfrazado, como si fuese su propio embajador;

después preparó una formidable armada, que se reunió en Cartagena de España. Sin embargo, Genserico, que tenía espías y traidores en los buques, logró que desertaran algunas de las naves y Mayoriano se vio obligado a renunciar a la expedición. Su fracaso en este asunto de África originó su pérdida; los soldados se amotinaron y Mayoriano murió en el campamento de una manera misteriosa. Ricimero, todavía ejerciendo su protectorado, se vio, pues, en la necesidad de buscar otro emperador.

Éste fue un tal Severo, que duró también cuatro años, aunque con descontento de la corte oriental. Ricimero, mientras tanto, gobernaba de hecho, y para congraciarse con la corte imperial de Constantinopla aceptó la idea de deponer a Severo y entronizar a



otro agosto que fuese del agrado de los orientales. El nuevo emperador, candidato de Constantinopla, llegó a Roma el 467; estaba emparentado con la familia reinante y se llamaba Antemio. Su primera iniciativa fue concertar con Ricimero, y con la ayuda del agosto de Oriente, la inevitable expedición contra los vándalos. Los bizantinos contribuyeron a ella con hombres y dinero; la cantidad entregada por el tesoro imperial de Constantinopla fue de veinticinco millones de pesos. Además se envió un almirante que se llamaba Basilisco y debía ser el generalísimo de la expedición. Todas las fuerzas que pudo movilizar el Occidente se sumaron a la empresa. Basilisco logró desembarcar a unos cuarenta kilómetros al este de Cartago, y si hubiese avanzado resueltamen-

te, hubiera acabado con los vándalos; pero Genserico envió emisarios, pidiendo que le diera una tregua de cinco días para proponer condiciones de paz, y entre tanto preparó la resistencia. Una noche en que el viento soplabla favorable, lanzó contra la armada de los imperiales varios navíos incendiados que les causaron grandes pérdidas. Esto desmoralizó al ejército de tal modo, que una parte de él regresó por tierra, siguiendo la ruta de la costa; otra parte regresó a Sicilia. Basilisco, con algunos navíos, llegó a Constantinopla, donde, caído en desgracia, sólo pudo librarse de la muerte refugiándose en un santuario como penitente.

Con excepción del azote de los vándalos, por algún tiempo pareció que el Occidente obtendría la paz. Ricimero habíase casado



Basilica de San Apolinario el Nuevo, en Ravena, que fue la capilla palatina de Teodorico. Sus mosaicos interiores son de gran belleza, destacando el que representa el palacio real de Teodorico. El campanario es una edificación posterior del siglo IX.

El mausoleo de Teodorico, en Ravena, monumento de planta poligonal iniciado en 520. Obsérvese la estructura de los arcos, formados por dovelas dentadas. Bajo la cúpula, que es un solo bloque de piedra calcárea, se encuentra el sarcófago de Teodorico.



con la hija de Antemio; pero en 472 la discordia que venía fermentando entre éste y Ricimero convitióse por fin en una guerra civil, y Ricimero entró en Roma, matando a Antemio con su propia espada. Poco después también moría Ricimero.

Aquí se impone que digamos algo del tipo nuevo que aparece en el escenario de la Historia con Ricimero: éste es el soldado de fortuna, el bárbaro sin patria, que se erige en cabecilla militar de un monarca que sólo cuida de cuestiones puramente civiles. Ricimero se hizo árbitro de Italia porque el ejército y aun el pueblo le prefirieron a los funcionarios romanos, que sólo se ocupaban de cobrar contribuciones. También en Bizancio un general bárbaro llamado Aspar había

impuesto como emperador a un candidato suyo. Pero había más energías entonces en Oriente que en Occidente; en los cuadros del ejército bizantino hallamos muchos nombres armenios y persas, y éste era un material mucho más sano que el conjunto de romanos degradados y germanos desertores que vemos en Italia al finalizar el siglo v. Pero, ni aun así, Aspar se mantuvo tanto tiempo en Constantinopla como Ricimero, y los que le imitaron, en Occidente.

Desaparecido Antemio, cuatro emperadores se sucedieron, en cuatro años, en Occidente. El del año 472 fue propuesto nada menos que por los vándalos desde África; el del 473 fue un candidato sugerido por el rey de los borgoñones; el del 474 vino

otra vez de Constantinopla, y el del 475 fue un tal Rómulo Augústulo, aunque bajo estos pomposos nombres se escondía el hijo de uno de los antiguos servidores de Atila. El padre de Rómulo Augústulo era un romano de pura sangre, pero la Historia empieza a mencionarlo como secretario del jefe de los hunos. Se llamaba Orestes y no debió de perder del todo sus maneras romanas, porque, a la muerte de Atila, Orestes regresó a Italia y se reincorporó al servicio del emperador Valentiniano. Los desórdenes del año 474 hallaron a Orestes ascendido al título de Maestro del Ejército y con una fácil insurrección consiguió hacer nombrar empe-

rador romano a su hijo Rómulo Augústulo. Éste contaba solamente catorce años de edad; el hecho de que Orestes prefiriera hacer emperador a su hijo en vez de revestirse él mismo con la púrpura es otro síntoma del concepto puramente honorífico que se concedía a la dignidad imperial en Occidente.

El gobierno de Orestes y su hijo duró sólo ocho meses. Lograron un tratado y la protección de Genserico, quien desde África era factor decisivo de la política de Occidente; en cambio, Orestes no pudo resistir la presión de su propio ejército y fue asesinado. Los soldados pedían a Orestes la ter-

FUNDAMENTOS JURIDICOS Y ANTECEDENTES DE LAS PRETENSIONES DE JUSTINIANO SOBRE OCCIDENTE

Durante todo el siglo V se cree todavía en la unidad del Imperio romano, gobernado, según las circunstancias, por uno o más emperadores. Cuando, a partir del año 476, sólo exista el emperador residente en Constantinopla, se le considerará soberano legítimo de todas las provincias.

EN ORIENTE

421 La corte de Oriente se opone a la concesión del título de "Augusto" a Constantio por el emperador de Occidente, Honorio.

423 A la muerte de Honorio, el emperador de Oriente, Teodosio II, considera nulo el nombramiento de Juan como emperador y proclama como tal a Valentiniano III, a quien tropas orientales instalan en el trono.

490 Zenón nombra a Teodorico gobernador de Italia en lugar de Odoacro, a quien ordena expulsar de la península.

H. 512 Anastasio, emperador de Oriente, nombra cónsul a Clodoveo, lo que legitima su poder frente a los ciudadanos romanos de la Galia.

EN OCCIDENTE

450 A la muerte de Teodosio II, su hermana Pulqueria casa con Marciano, quien se convierte así en emperador, sin que en Occidente se acepte como válido este acto, que lesiona los derechos de Valentiniano III.

450 El Código de Teodosio II, recopilación de leyes romanas llevada a cabo en el reinado de este soberano, es el modelo de los códigos que los reyes germanos imponen a sus súbditos romanos.

476 Odoacro devuelve los ornamentos e insignias imperiales a Constantinopla, reconociendo a Zenón como único emperador y solicitando de él su designación como gobernador de Italia.

493 Teodorico se autodenomina "rey de Italia", pero pide al emperador Anastasio que lo reconozca.

Justiniano se presenta como único sucesor de los césares romanos, soberano natural de Occidente como de Oriente; para él, los germanos no son sino vasallos en quienes se ha delegado temporalmente el gobierno de algunas provincias. Reconstruir el Imperio en su antigua extensión, he aquí el propósito de Justiniano.

La esperanza puesta en el emperador por numerosos habitantes de Occidente que, como los obispos de África del Norte, acuden a Constantinopla en demanda de auxilios alienta la política de Justiniano.

La guerra declarada contra los germanos asume también el carácter de una cruzada y de una guerra de liberación. Emperador cristiano, Justiniano debe oponerse al arrianismo cismático de los bárbaros, que no sólo coexisten libremente con la ortodoxia, sino que además inicia en distintos lugares persecuciones contra el clero y los indígenas a ella adictos.

La sumisión y el respeto que demuestran a la nueva Roma algunos caudillos germanos, dispuestos a pactar y a acatar la autoridad más o menos mediata de la corte de Bizancio, facilita los primeros éxitos de esta política.

Aun bajo el dominio de los ostrogodos, Italia conservó sus costumbres imperiales, como lo demuestra este dipinto de Boecio, que fue cónsul en 487 (Museo Cívico, Brescia). Ambas escenas le representan ejerciendo funciones de su cargo: la de la izquierda, con el cetro consular; a la derecha, dando la señal para empezar los juegos en el circo.



cera parte de las tierras de Italia. Ya hemos visto que los visigodos se habían apropiado dos tercios de las tierras que ocupaban en la Galla; los borgoñones, además de los dos tercios de los campos, tomaron la mitad de los pastos y bosques; los vándalos no se habían contentado ni aun con eso... ¿Por qué no podían, pues, los bárbaros de Italia, que eran la mayoría de los veteranos del ejército, obtener una porción parecida, máxime cuando grandes partes de la península estaban abandonadas por haber desaparecido los antiguos propietarios?

La resistencia de Orestes a esta demanda resultó fatal para él y para Italia. Si los veteranos de la península se hubiesen instalado en los antiguos predios deshabitados, algunos habrían conseguido arraigar y fundar así una nueva población agrícola, que tanta falta hacía en aquel tiempo.

El cabeza de motín de los soldados que depusieron a Orestes y a su hijo era un jefe de los hérulos llamado Odoacro, que iba a repetir la experiencia de Ricimero. Gobernó a Italia desde 476 hasta 493. La sola diferencia entre Odoacro y Ricimero es que este

último siempre se valió de un emperador decorativo con quien justificar su usurpación, mientras que Odoacro se hizo coronar rey levantándole los soldados sobre el pavés, según la costumbre germánica. Pero hasta Odoacro mantuvo el respeto a la idea del Imperio. He aquí el párrafo capital del documento que el senado de Roma aprobó por unanimidad a propuesta de Odoacro: "El Senado y el pueblo romano consienten en que la sede del Imperio universal sea transferida de Roma a Constantinopla y renuncian al derecho de elegir emperador, pues reconocen la inutilidad de la división en dos Imperios. La República confía en las virtudes y el valor de Odoacro, y humildemen-

te requiere al emperador que le dé el título de patricio y consienta en que administre la diócesis de Italia". Ésta es la parte sustancial de la misiva que los enviados del senado de Roma entregaron al emperador Zenón en Constantinopla. ¡Qué vergüenza —aun para los que parecían ser los beneficiarios de esta abdicación de poderes— oír que el pueblo y el senado de Roma renunciaban a sus derechos!

Los nombres de *República* y de *Imperio universal* todavía suenan como vigentes: Italia es sólo una diócesis que puede ser gobernada por un caudillo, un soldado de fortuna, que ayer todavía iba vestido de pieles, como el rey de los francos de hecho

Mosaico del presbiterio de la iglesia de San Vital de Ravena que representa a Justiniano con su séquito, en el que destaca el obispo Maximiano. El emperador, que aparece coronado y revestido de clámide purpúrea, lleva una ofrenda de joyas para el sacrificio eucarístico. Se trata de uno de los más bellos mosaicos bizantinos y se conserva con un perfecto colorido.





Silla de marfil del obispo Maximiano de Ravena, de mediados del siglo VI (Museo Episcopal, Ravena). Se trata de un mueble único en el mundo por la preciosidad de sus relieves y la perfecta imitación de la decoración vegetal.

gobernaba las Galias, el de los visigodos a España, y el de los vándalos el África. Resulta interesante igualmente la respuesta del emperador Zenón. Sin apresurarse a recoger esta sucesión de lo que equivocadamente se llama en la historia *Imperio de Occidente*, el augusto de Constantinopla no envió más

colegas a Roma y, en cambio, escribió una carta a Odoacro en la que le llamaba ya *patricio*.

Pero Italia está más cerca de Constantinopla que Francia y España, y Odoacro fue solicitado para entrar en una conspiración contra el emperador Zenón. La sospecha de que Odoacro había ofrecido su apoyo a los conjurados irritó terriblemente al viejo emperador, quien además quería deshacerse de una multitud de ostrogodos que habían rebasado las fronteras orientales. Eran los mismos ostrogodos que habían seguido a Atila hasta Orléans y que ahora sentían también el atractivo de las tierras del Sur. Iban guiados por un joven caudillo que había estado muchos años en Constantinopla como rehén y allí se había familiarizado con las ideas romanas. Se llamaba Teodorico y poseía en grado máximo todas las cualidades de la raza germánica. En Constantinopla no se habían debilitado su espíritu aventurero ni su valor. Teodorico, modelo hasta hoy del héroe teutónico, peleaba personalmente; en muchas ocasiones los golpes de su espada decidieron el éxito de contiendas en las que luchaban pueblos enteros. Considerándole peligrosísimo como enemigo y muy útil como amigo, el emperador Zenón confió a Teodorico la empresa de libertar a Italia de los *confederados* que obedecían a Odoacro.

Teodorico entró en Italia por el Norte. La destrucción de Odoacro no fue cosa fácil. Se dio la acostumbrada batalla preliminar junto al Isonzo, en los llanos delante de Aquileia. De allí Odoacro retrocedió a la linca del Adigio y una segunda batalla se desarrolló bajo los muros de Verona, donde Teodorico hizo verdaderos prodigios de valor, cantados todavía por las epopeyas germánicas. El Dietrich de Verna de los cantares de gesta es ni más ni menos que Teodorico de Verona. Por fin, Odoacro se refugió en Ravena y allí corrió a acorralarle el ostrogodo. Después de haber concertado una paz por la que se comprometieron a reinar juntos, Teodorico dio muerte a Odoacro; con un tajo de su espada, según la leyenda, lo partió en dos desde el cuello a la cintura. Asombrado de la eficacia de su propio golpe, dicen que Teodorico exclamó, al ver a Odoacro partido en dos mitades: "¡Pero este infeliz no tenía huesos en su cuerpo!".

Y ya desde este momento empieza el período del gobierno de Italia por Teodorico, que duró treinta y dos años. "Gobernó las dos naciones, ostrogodos y romanos —dice un biógrafo contemporáneo—, como si fueran un solo pueblo. Aunque era arriano de religión, encargó la administración civil a los

romanos y no hizo nada contra los católicos. Celebró fiestas en el circo y en el anfiteatro y repartió raciones de grano entre el pueblo, etc.”

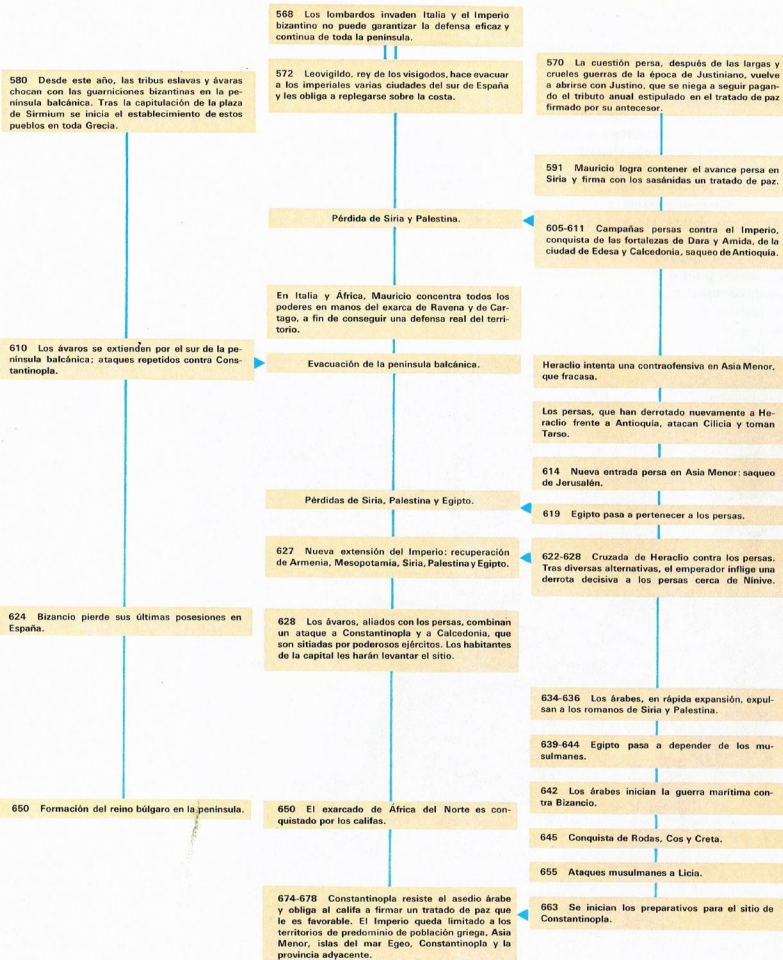
Teodorico el ostrogodo trató, pues, de realizar en gran escala el propósito del visigodo Ataúlfo de romanizar a los germanos. Según las crónicas, Teodorico construyó edificios: un palacio en Pavia, el palacio y el acueducto de Ravena, termas y otro palacio en Verona, que parecen iniciativas impropias de un bárbaro ostrogodo. Dicen que la paz atraía a mercaderes a Italia y que la agricultura renacía bajo el paternal gobierno de Teodorico. Sin embargo, Teodorico no sabía leer ni escribir; para firmar se mandó hacer una pauta con agujeros, marcando sus letras en una tablilla de madera. Los guerreros ostrogodos que le rodeaban, y a quienes había confiado la guarda de los puntos estratégicos de Italia, eran todavía más rudos y bárbaros que él.

Sobre todo, eran arrianos y no atacarían a los vándalos; no podía intentarse una restauración del espíritu clásico mientras los vándalos conservaran las provincias de África. Teodorico, en realidad, no es más que un episodio curioso del período de las invasiones, un experimento interesante de adaptación; resulta, en sí mismo, un personaje heroico, pero no cambió el curso de la Historia; no hizo más que repetir en mayor escala lo que ya habían hecho Ricimero y Odoacro. Es el caudillo germánico que, con sus compañeros de armas, trata de poner orden en la administración, pero sin iniciar definitivamente un nuevo régimen. Se mantuvo siempre como un agente de Constantinopla. Envío una embajada al emperador Zenón para solicitarle el uso del manto real, sin pretender por eso que le reconociera como colega. Su título era el de “Rey de los godos y los romanos en Italia”.



Detalle del mosaico de San Vital con Justiniano y uno de sus acompañantes, en quien muchos autores ven a Belisario, su general triunfador. A pesar de las brillantes campañas que realizó el general —en Oriente contra los vándalos, en Italia contra los ostrogodos—, su fidelidad al emperador fue puesta en duda al final de su mandato.

REDUCCION DE BIZANCIO A PEQUEÑA POTENCIA: NUEVAS INVASIONES Y CONTINUIDAD DE LA POLITICA DEFENSIVA (SIGLO VII)



El llamado "marfil Barberini", que representa el triunfo del emperador (Museo del Louvre, París).

La figura central recibe homenaje de Jesucristo, sostenido por dos ángeles (arriba), del cónsul que tiene en sus manos una victoria (izquierda) y de diversos bárbaros que acuden de todas las partes del Imperio a ofrecerle dones exóticos (abajo). El emperador triunfante es, para muchos, Justiniano, o si no, uno de los emperadores orientales de fines del siglo V.



Ya en su vejez, Teodorico comenzó a preocuparse por la sucesión. Dejaba sólo una hija, Amalasunta, y un nieto, Atalarico, de menor edad. Parece que algunos miembros demasiado activos del senado romano iniciaron negociaciones con el emperador de Constantinopla para que se preparara a ejercer su soberanía en Italia a la muerte de Teodorico, sin contar con la nación ostrogoda. Esto tenía que irritar al gran caudillo, que había sido fiel al Impe-

La emperatriz Teodora y su corte de damas precedidas de dos dignatarios, en el mosaico de San Vital. La ofrenda de la augusta es una taza de monedas; su gesto concuerda con el de los Reyes Magos que lleva pintados en el borde inferior de su clámide. Estos son los únicos mosaicos que nos muestran el fasto interior del palacio imperial de Constantinopla.



LA OBRA DE JUSTINIANO

Para que el lector pueda hacerse una idea más exacta de lo que representó el reinado de Justiniano, no para la historia de la cultura y del pensamiento humanos, donde es figura de primera magnitud, sino para el propio Imperio bizantino, creemos que nada será tan interesante como copiar unos párrafos de la *Historia del Imperio bizantino* de A. A. Vasiliev, quien a sus grandes dotes de historiador une la característica de considerarse, por ruso, heredero de aquel brillante Imperio:

"Haciendo balance del conjunto de la política exterior de Justiniano, ha de decirse que sus guerras interminables y agotadoras, que, en definitiva, no realizaron todas sus esperanzas ni todos sus planes, tuvieron fatales consecuencias para la situación general del Imperio. En primer lugar, aquellas gigantescas empresas requirieron gastos enormes. Procopio... declara que Anastasio había dejado reservas enormes para la época, que ascendían a 320.000 libras de oro, todas las cuales Justiniano dilapidó pronto. Según testimonio de otro historiador del siglo VI, el sirio Juan de Éfeso, las reservas de Anastasio no se agotaron por completo sino bajo el reinado de Justino II, esto es, después de la muerte de Justiniano. En todo caso, el legado de Anastasio, incluso si restringimos la cifra de Procopio, debió de ser de gran utilidad a Justiniano para sus empresas militares. Pero no podía bastarle. En cuanto a los nuevos impuestos, eran superiores a las capacidades de pago de una población extenuada. Los esfuerzos del emperador para reducir los gastos estatales haciendo economías en el sostenimiento del ejército produjeron una reducción del número de soldados, disminución que tornaba muy insegura la suerte de las provincias occidentales conquistadas.

"Desde el punto de vista romano de Justiniano, sus expediciones de Occidente son comprensibles y naturales; pero desde el punto de vista de los intereses reales del estado deben ser consideradas inútiles y nocivas. La brecha abierta entre Oriente y Occidente era ya tan grande en

el siglo VI, que la sola idea de reunir ambas regiones constituía ya un anacronismo. No podía existir una unión efectiva. Las provincias conquistadas sólo podían retenerse por la fuerza, y ya hemos visto que el Imperio no disponía de poder ni de medios para ello. Arrastrado por sus sueños irrealizables, Justiniano no comprendió la importancia de la frontera y provincias orientales, donde residían esencialmente los intereses vitales del Imperio bizantino. Las expediciones occidentales, obra sólo de la voluntad del emperador, no podían tener resultados duraderos, y el plan de restauración de un Imperio romano único desapareció con Justiniano, aunque no para siempre tampoco. A causa de la política general exterior de Justiniano, el Imperio atravesó una crisis económica intera y extremadamente grave."

"Falto de dinero y agobiado por necesidades urgentes, el propio Justiniano tuvo que recurrir en ocasiones a las mismas medidas que prohibía en sus edictos. Vendió cargos por gruesas sumas y, a pesar de sus promesas, creó nuevos impuestos, aunque sus *Novelas* muestran con claridad que le constaba la imposibilidad de la población de atender a sus cargas fiscales. Presionado por dificultades financieras, recurrió a la alteración de la moneda y batió moneda depreciada, pero la actitud del pueblo hizo tan amenazadora, que hubo, casi inmediatamente, de revocar el edicto que lo disponía. Todos los medios posibles e imaginables fueron puestos en obra para llenar las cajas del estado... La severidad con que hacía percibir los impuestos alcanzó extremo rigor y produjo un efecto desastroso sobre la población, ya extenuada. Un contemporáneo dice que 'una invasión extranjera hubiese parecido menos temible a los contribuyentes que la llegada de los funcionarios del Fisco'. Las poblaciones pequeñas se empobrecieron y quedaron desiertas, porque sus habitantes huían para escapar a la opresión del gobierno. La producción del país descendió a casi nada. Estallaron revueltas.

"Comprendiendo que el Imperio estaba

arruinado y que sólo la economía podía salvarlo, Justiniano aplicó a ello, pero en la esfera donde más peligroso podía resultar. Redujo los efectivos del ejército y con frecuencia retrasó la paga de los soldados. Mas el ejército, compuesto sobre todo por mercenarios, se levantó a menudo contra semejante práctica y se vengó en las indefensas poblaciones. La reducción del ejército tuvo otras consecuencias graves, pues dejó al descubierto las fronteras y los bárbaros pudieron penetrar impunemente en territorio bizantino y entregarse al pillaje. Las fortalezas construidas por Justiniano no se mantuvieron con la debida guarnición. Incapaz de oponerse a los bárbaros por la fuerza, Justiniano hubo de comprarlos, y ello arrastró a nuevas expensas... La falta de dinero había engendrado la disminución del ejército, y la insuficiencia de soldados exigió más dinero para pagar a los enemigos que amenazaban a Bizancio.

"Si a esto se añaden las frecuentes castañas, las epidemias, los temblores de tierra, cosas todas que arruinaban a la población y aumentaban el presupuesto del gobierno, se puede imaginar el desolador panorama que presentaba el Imperio al final del reinado de Justiniano...

"Los esfuerzos de Justiniano en la esfera de las reformas administrativas fracasaron completamente. En lo financiero, el Imperio se hallaba a dos dedos de la ruina. Aquí no debemos perder de vista el estrecho lazo que unía la política interna con la externa del emperador. Sus vastas empresas militares en Occidente, con los inmensos gastos que exigían, arruinaron el Oriente y dejaron a los sucesores de Justiniano una herencia pesada y difícil. Las primeras *Novelas* prueban con claridad que Justiniano deseaba poner orden en la vida del Imperio y elevar el nivel moral de los órganos del Gobierno, pero tan nobles intenciones no pudieron trocarse en realidades vivas porque tropezaron con los planes militares del emperador, planes que le dictaba el concepto que tenía de sus deberes como actual heredero de los cesáres romanos."

rio y creía que en Constantinopla debían aceptar a su nieto como sucesor. Que algunos patricios degenerados se entremetieran en estas altas cuestiones de gobierno, viviendo aún él, Teodorico, le exacerbo de tal manera, que mandó ajusticiar a los sospechosos. Entre ellos murió un tal Simaco, acendrado católico, aunque descendiente de aquel Simaco neopagano que no quiso admitir el fin del paganismo, y, sobre todo, pereció Boecio, a quien podría llamarse el último escritor clásico. Saturado de la lite-

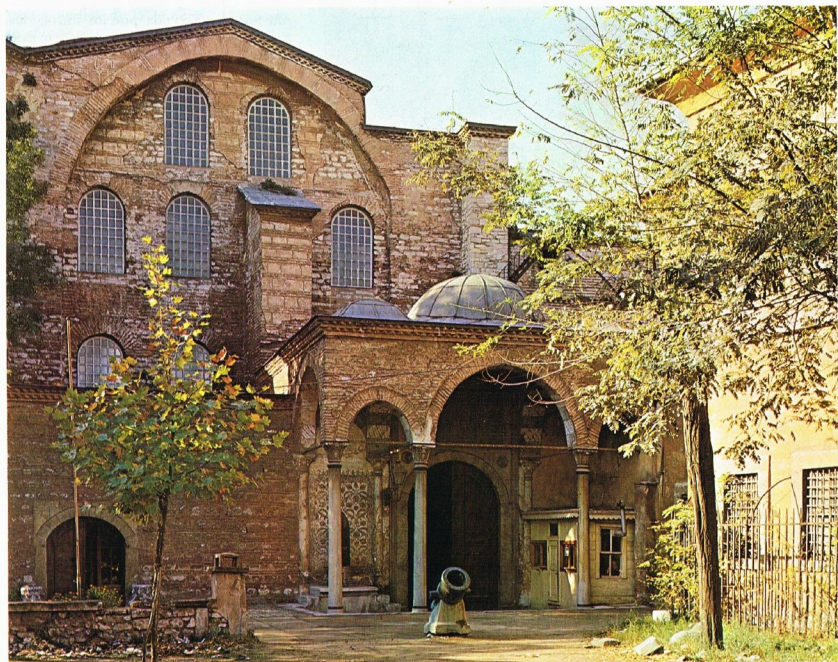
ratura antigua, Boecio redactó en latín culto y elegante un tratado, *De consolación filosófica*, que fue el libro más popular de la Edad Media. Escrito en la cárcel durante los meses que estuvo esperando el suplicio, el libro de Boecio es, en sustancia, el diálogo entre un condenado a muerte y la personificación de la Filosofía. Ésta, matrona todavía fuerte, va vestida con una vieja túnica en la que hay bordadas las letras *T* y *P*, iniciales de *Teoría y Práctica*. Ambos, el condenado y la intelectual matrona, discuten sobre la in-

constancia de la fortuna y la estabilidad que, en cambio, existe en el Bien Supremo, todavía el *Summum Bonum* de Aristóteles. En el libro de Boecio no aparece una alusión al cristianismo, ni al misterio de la Redención ni a la predicción de Jesús; pero el hecho de que un libro pagano, o al menos puramente filosófico, como el de Boecio pudiese ser aceptado en las escuelas cristianas como un modelo edificante demuestra el cambio enorme del espíritu de las gentes del siglo v.

A poco de la ejecución de Simaco y Boecio moría Teodorico de disentería a los setenta y dos años de edad. Era el 30 de agosto de 526 y fue enterrado por su hija Amalasunta en una tumba construida en la pineta, junto a Ravena. Todavía se conserva con pocos deterioros un mausoleo de planta decagonal terminado con una gigantesca losa de granito que tiene la forma de cúpula achatada, de diez metros de diámetro y for-

mada por un solo bloque, que tuvo que alzarse valiéndose de anillos tallados en la misma piedra. La tumba tiene en el interior dos pisos; el inferior, vacío actualmente, serviría de depósito de armas y recuerdos del gran ostrogodo; en el superior hay todavía un sarcófago donde estaría el cuerpo embalsamado. Textos antiguos, poco dignos de fe, dicen que el sarcófago estaba sostenido por cuatro columnas de pórfido. A su alrededor, según dice Agnellus, el cronista de Ravena, había haciendo guardia estatuas metálicas de los doce apóstoles, hecho algo raro porque Teodorico fue siempre no sólo arriano, sino hasta adicto a la religión de Odín. En el mismo mausoleo hay una decoración tallada en un friso alto con el relieve de los espectros que van al Walhalla, aunque aparecen como seguidores de la cruz. La misma decoración se encuentra trazada en filigrana en la armazón de oro

Un ángulo de la iglesia de Santa Irene, en Constantinopla, construida bajo Justiniano por el mismo arquitecto de Santa Sofía. Su planta es rectangular y tiene dos cúpulas superpuestas en el mismo eje, una sobre un tambor con ventanales y otra achatada y sin aberturas.



Una escena del díptico de los Lampadios que representa una carrera de cuadrigas en el hipódromo de Constantinopla, presidida por el emperador o por un alto magistrado (Museo Cristiano, Brescia).



que sostenía la coraza de cuero del gran ostrogodo.

Ya sin esta sombra del caudillo arriano en Italia, los imperiales de Constantinopla resolvieron acabar de una vez con los vándalos de África. Sería el principio de la reconquista de Occidente, porque después seguiría la de Italia y, por fin, la de España y las Galias. Los bárbaros sólo habrían sido un paréntesis en la historia romana... Así debían de pensar, al menos, algunos del consejo imperial de Constantinopla. La cuestión se debatió delante del emperador Justiniano y de su esposa Teodora. El recuerdo del fracaso de la expedición de Basilisco y la pérdida enorme que ocasionó hacían terriblemente impopular toda iniciativa contra el África. El prefecto del pretorio fue el portavoz de esta oposición: "El África, oh Augusto,

diste ciento cuarenta días de Constantinopla. Para llegar a ella hay que cruzar grandes extensiones del mar, y si la empresa fracasara, tardaremos más de un año en saberlo. Además, aunque conquistemos el África, no podremos mantenernos en ella sin la Sicilia y la Italia, que se hallan en poder de los ostrogodos...". Pero los católicos no cesaron de aconsejar al emperador, incluso asegurándole que Dios les animaba en sueños, y sabemos que Justiniano se dejaba impresionar fácilmente por esta clase de advertencias. El hecho es que una armada de quinientos buques, algunos de setecientas toneladas, partió del Bósforo el 21 de junio del año 533. Mandaba la expedición el famoso Belisario, llevando éste como notario o secretario al historiador Procopio. Hasta para dar carácter novelesco a la expedición, acompañaba a Belisario su esposa Antonina, de más edad que él, la cual le ayudaba con sus consejos y le amargaba la existencia con sus infidelidades.

La expedición, detenida por vientos contrarios, tardó dos meses en llegar a Sicilia. Allí fue bien recibida por los ostrogodos; Amalasunta comprendió que, en este caso, su interés estribaba en olvidarse de la cuestión religiosa y ponerse del lado de los imperiales; éstos sorprendieron a los vándalos desprevenidos, desembarcaron fácilmente y la batalla se dio trece días después, delante de Cartago. Acabó con la desbandada de los vándalos. Aquella misma noche el triunfante Belisario quedaba instalado en el palacio de Gelimero, el nieto del abominado Genserico, y devolvía la catedral a los católicos.

Tuvo que lucharle otra vez, y Gelimero, de nuevo derrotado, se refugió en una montaña del Atlas. Desde allí pidió a los imperiales que le perseguieran tres cosas, que dan idea del temple del alma del jefe vándalo: pan blanco, una esponja para lavarse los ojos enfermos y una lira para cantar la rapsodia que había compuesto de sus desgracias. Por fin, Gelimero fue capturado, y al hallarse en presencia de Belisario lanzó una gran carcajada. ¿Es que las calamidades habían debilitado su cerebro, o bien se reía de ver al general bizantino sentado en su propia silla? Tal vez el belicoso poeta tuviese algo de filósofo.

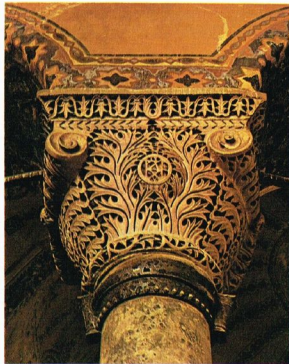
Los cautivos vándalos fueron llevados a Constantinopla, el senado bizantino concedió a Belisario los honores del triunfo y Justiniano tomó el título de *vándalico*. Roma, o la Neo-Roma, como se llamaba a Constantinopla, subsistía en su nueva sede de los estrechos, entre Europa y Asia.

Al año siguiente de la caída del reino vándalo, Justiniano enviaba sus embajado-

res a Amalasunta, pidiendo, en apariencia, sólo las fortalezas de Sicilia para asegurar la protección del África, pero, de hecho, quería reclamar toda Italia. Las demandas eran tan onerosas, que la hija de Teodorico no quiso transigir, y, en el verano del 535, Belisario desembarcaba en Sicilia con siete mil quinientos hombres. Pocos parecen para la gran empresa que les estaba confiada, y aun la mayoría de ellos eran hunos, árabes, armenios y gépidos; pero al final del año toda Sicilia estaba en poder de los imperiales.

En la primavera del año 536 atravesó Belisario el estrecho de Mesina. Como siempre ocurre para todo conquistador que penetra en Italia por el Sur, Belisario no encontró resistencia hasta llegar a Nápoles. El sitio de Nápoles fue largo y difícil. En cambio, Roma fue de momento abandonada por los ostrogodos, pero Belisario se vio de pronto sitiado dentro de la gran ciudad por una formidable aglomeración de más de cien mil guerreros. La resistencia de Belisario, sitiado en la antigua capital con unos pocos soldados bizantinos, es uno de los más estupendos hechos de la Historia. Al cabo de un año de ataques desesperados, los ostrogodos levantaron el sitio de Roma y se retiraron al norte de Italia. Desde allí hicieron a Belisario varias proposiciones; la última fue la de que él, Belisario, gobernara Italia, en nombre del emperador, con el título de *Rey de los romanos y de los godos*... Belisario manifestó que aceptaba, y de este modo entró en Ravena sin resistencia; pero pronto, con doblez bizantina, se quitó la máscara y encarceló a los jefes ostrogodos. La guerra gótica parecía terminada y Belisario regresó a Constantinopla con los tesoros de Teodorico y su hija. A los patricios del senado de Constantinopla se les permitió admirar las joyas de los bárbaros sólo en las grandes solemnidades; nunca se expusieron a la vista del pueblo, que oía hablar de estos tesoros como de cosas fabulosas. Así se daba a entender que la guerra no sólo devolvía provincias a la Roma del Bósforo, sino que pagaba los gastos de las expediciones.

Esto explica que, cuando pocos años más tarde se hizo necesaria una segunda expedición de Belisario a Italia, hasta el emperador Justiniano hubo de poner por condición que el ejército se mantendría exclusivamente con los recursos que encontrase en el país. Eliminados los descendientes de Teodorico, los ostrogodos habían levantado sobre el pavés a un joven guerrero llamado Totila; éste, por espacio de once años, tenía que asombrar al mundo, tratando de restablecer el predominio de la nación ostrogoda en Italia. Totila reconquistó la mayor parte de la península y hasta entró en Roma tras un segundo sitio,



Un capitel de Santa Sofía de Constantinopla con el monograma de la emperatriz Teodora en medio de la decoración vegetal.

El emperador Justiniano dando consejos a su arquitecto, miniatura de la "Crónica de Santa Sofía" (Biblioteca Vaticana). A la actividad arquitectónica de Justiniano, en creaciones nuevas o en restauraciones, se deben, entre las más famosas, las iglesias de Santa Sofía y Santa Irene en Constantinopla, la de San Vital en Ravena y las de Santa Sofía y San Demetrio en Salónica.



TEOCRACIA BIZANTINA Y ARTE CRISTIANO (Los mosaicos de San Vital, Ravena)

La monarquía bizantina es una teocracia: el poder secular y el espiritual se unen en la persona sagrada del emperador, representante de Dios en la tierra. Como en las antiguas cortes helénicas, un ceremonial estricto adecua las relaciones del soberano con sus súbditos: apariciones solemnes del autócrata, séquito y acompañamientos de los grandes dignatarios, procesiones y reverencias ambientan la vida de la corte.

En Bizancio, los proyectos artísticos importantes, los encargos de cierta entidad son solicitados y costeados por la corte, aun cuando se trate de obras destinadas a la Iglesia. Esta estrecha relación puede explicar que la ideología y las formas políticas inspiren las representaciones artísticas, a pesar de que el objeto de ellas sea, como en San Vital, el reino de Dios y no el mundo bizantino.

La semejanza de ideales entre el Imperio bizantino y la Iglesia medieval — el de absolutista, jerárquica y deseosa de presentarse al pueblo con una solemnidad y una potencia inaccesibles— impulsaron al arte cristiano occidental una admiración permanente por las grandes creaciones bizantinas y la imitación de sus técnicas de expresión, de sus fórmulas y símbolos, de su intención al mismo tiempo decorativa y didáctica.

Las figuras de los mosaicos de San Vital, de Ravena —los mejores mosaicos bizantinos conservados— quieren ser la expresión de una grandeza sobrehumana, de una espiritualidad total, de una sublimidad mística.

En San Vital, los personajes representados aparecen de frente, en un solo plano, en una línea uniforme, sin dinamismo, y los colores, vivos y esplendentes, dan un tono de magnificencia al conjunto. Los rostros de los magistrados y los santos, vigorosos retratos, quizás influidos, como los iconos, por el estilo de las pinturas egipcias de El Fayum, son el único rasgo de realismo.

El artista prescinde del naturalismo del arte griego y romano, pues la impresión que su obra ha de causar a los espectadores no viene de la belleza plástica de las formas o del realismo de los colores.

Cristo es representado como rey en majestad sobre su trono, en una sala de palacio, con la aureola, símbolo del poder imperial, en torno a su cabeza. María, a su lado, adquiere el rango y el porte de una reina; alrededor de ambos se ordenan en rigurosa jerarquía las diversas categorías celestes: los apóstoles, como los grandes funcionarios; los ángeles en procesión, como los clérigos en las festividades litúrgicas.

que duró más de un año. Desgraciadamente para los imperiales, esta vez no tenían a Belisario dentro de Roma; ésta estaba defendida por un general llamado Besas, que trataba de enriquecerse vendiendo el poco grano de la intendencia a precios inauditos. Así no es de extrañar, pues, que en diciembre del año 546 los ostrogodos hallaran traidores que les abrieran las puertas de la antigua capital del mundo.

Totila arengó a sus guerreros desde el foro; subido a la tribuna desde donde hablaron Escipión y los Gracos, trató de explicar a los ostrogodos la causa de las desgracias de su nación y el remedio de ellas, que, según Totila, consistía en esperar el favor del cielo luchando con justicia y sin atropellar a los pueblos itálicos. Después Totila pasó al senado, y allí habló con tal enojo, que hizo enmudecer a los patricios. "Decidme, ¿qué daño habéis recibido de los ostrogodos? ¿Qué beneficios os han llegado de Justiniano el emperador, si no son sus recaudadores de contribuciones?...". Pero, casi al mismo tiempo, Totila enviaba una embajada a Constantinopla para pedirle a Justiniano que le permitiera continuar el sistema ya probado de gobernar él en Italia como Teodorico, en

nombre del emperador. El Imperio, con su delegación de poderes, parecía aún, a mediados del siglo VI, la única forma de gobierno viable y legítima... para los bárbaros.

Pero Justiniano, y sobre todo Belisario, no se contentaban con la soberanía nominal y querían restablecer la autoridad imperial romana sin disminución en las provincias de Occidente. Año tras año, Belisario, en campañas memorables que recuerdan las de César y Napoleón, fue acorralando a los ostrogodos. Sin embargo, no fue él, Belisario, quien les dio el golpe de gracia, sino un general ya octogenario y enano, llamado Narsés. Este acabó con Totila y su sucesor Tejas, y con los dispersos restos de la nación ostrogoda. Después, Italia pareció otra vez romana, si es que puede darse este nombre a su condición de provincia bizantina. Igual podría decirse del África y de las islas del Mediterráneo; hasta el sur de España fue recobrado por los ejércitos de Constantinopla. Es curioso recordar que cuando San Hermenegildo, huyendo de su padre, se refugió en estos territorios del sudeste de la península, que habían recobrado los imperiales, las crónicas contemporáneas dicen que se marchó a tierras de la República. ¡Constantino-

pla una república! ¡Qué sarcasmo! Pero hasta allí, en Constantinopla misma, se tenía la obsesión de Roma; cada año se nombraban cónsules, aunque no sirviesen más que para contar los años... El senado subsistía como un fantasma, había pretores y patricios, pero todo vacío, inerte.

¡Qué lección para nosotros esta tentativa de restauración de Justiniano! Es cierto que no se podía hacer revivir otra vez la Roma clásica, es evidente que el Imperio bizantino de Constantinopla no podía absorber en su seno a la gente bárbara, con una vitalidad superior, porque requería otra organización política. Pero, queriendo resucitar la Roma antigua, Justiniano prestó acaso el mayor servicio que un monarca haya hecho al mundo: codificó, o mandó codificar, el antiguo derecho romano. La legislación romana se había formado por acumulación de elementos muy diversos. Como núcleo tenía la ley de las Doce Tablas, arcaica, imposible, pero todavía mirada con singular veneración. A ésta hay que añadir las leyes aprobadas por el pueblo en los comicios republicanos; los senadoconsultos o decisiones del senado, las ordenanzas municipales o edictos de los pretores, que cambiaban cada año; las decisiones de juriconsultos célebres (que tenían el valor de nuestras sentencias del Tribunal Supremo), y, por fin, los rescriptos de los emperadores... Todo tenía fuerza de ley. Es sorprendente que esta enorme masa de legislación no fuera organizada y codificada hasta el siglo VI por Justiniano, cuando ya casi no se precisaba. Porque hemos de recordar que, aunque Justiniano por su pen-



La basílica de San Vital, en Ravena, obra de un tal Juliano Argentarius. La munificencia de la corte se reflejó en esta obra suntuosa, que es quizás el edificio bizantino que nos da idea más clara de lo que era la arquitectura imperial en tiempos de Justiniano.

samiento deseaba ser un romano, en cambio, por la voluntad era un déspota oriental. En la misma codificación de derecho que él ordenó, se encuentra este párrafo de tanta significación: “La voluntad—el gusto—de un emperador tiene los efectos de ley, porque el pueblo romano ha delegado en su príncipe su poder absoluto y soberanía”.

Sin embargo, Justiniano, reservándose para él y sus sucesores este poder absoluto, que hacía casi innecesario un código de derecho, nombró la comisión que tenía que darnos, organizada y comprensible, toda la legislación romana. No sabemos exactamente la parte que el propio Justiniano tomó en las deliberaciones de la comisión codifica-



Interior de la iglesia de San Apollinare in Classe, en Ravena, obra del siglo VI.



Iglesia de Santa María, antiguo baptisterio de los arrianos, en Ravena, construida en el siglo VI.

dora. Justiniano era de origen dálmata y debía conocer el latín; había recibido lo que hoy llamaríamos educación universitaria, pero se rodeó de juristas expertos: el presidente de la comisión fue Triboniano, oriundo del Asia Menor, quien poseería gran imaginación. Hacía versos, comentaba a Homero y escribía de astronomía y matemáticas, cosas extrañas para un abogado. En cambio, Triboniano tenía mala reputación: era avaro, ateo y poco escrupuloso como juez. A este oriental asoció Justiniano nueve colaboradores, para organizar, primero, sólo los rescriptos imperiales desde Adriano hasta su tiempo. El trabajo necesitó catorce meses y se dividió en *Doce Tablas*, como recuerdo de las leyes de los decenviros. A la compilación se le dio el nombre de *Código de Justiniano* y se

repartieron copias exactas de la misma a todos los magistrados del amplio Imperio.

Satisfecho de este experimento, Justiniano nombró una segunda comisión, también presidida por Triboniano, para codificar la legislación romana. Esta segunda comisión se componía de diecisiete técnicos y empleó tres años en redactar lo que llamamos hoy el *Digesto* o las *Pandectas*. Triboniano, además de amasar una fortuna, poseería un tesoro de libros viejos, porque consta que fue de su librería particular de donde se sacaron la mayoría de los manuscritos estudiados por la comisión. El trabajo está hecho con un espíritu científico que no podemos menos de admirar; se ordenan las materias en capítulos y artículos, pero se conservan las referencias de los antiguos juriconsultos romanos.

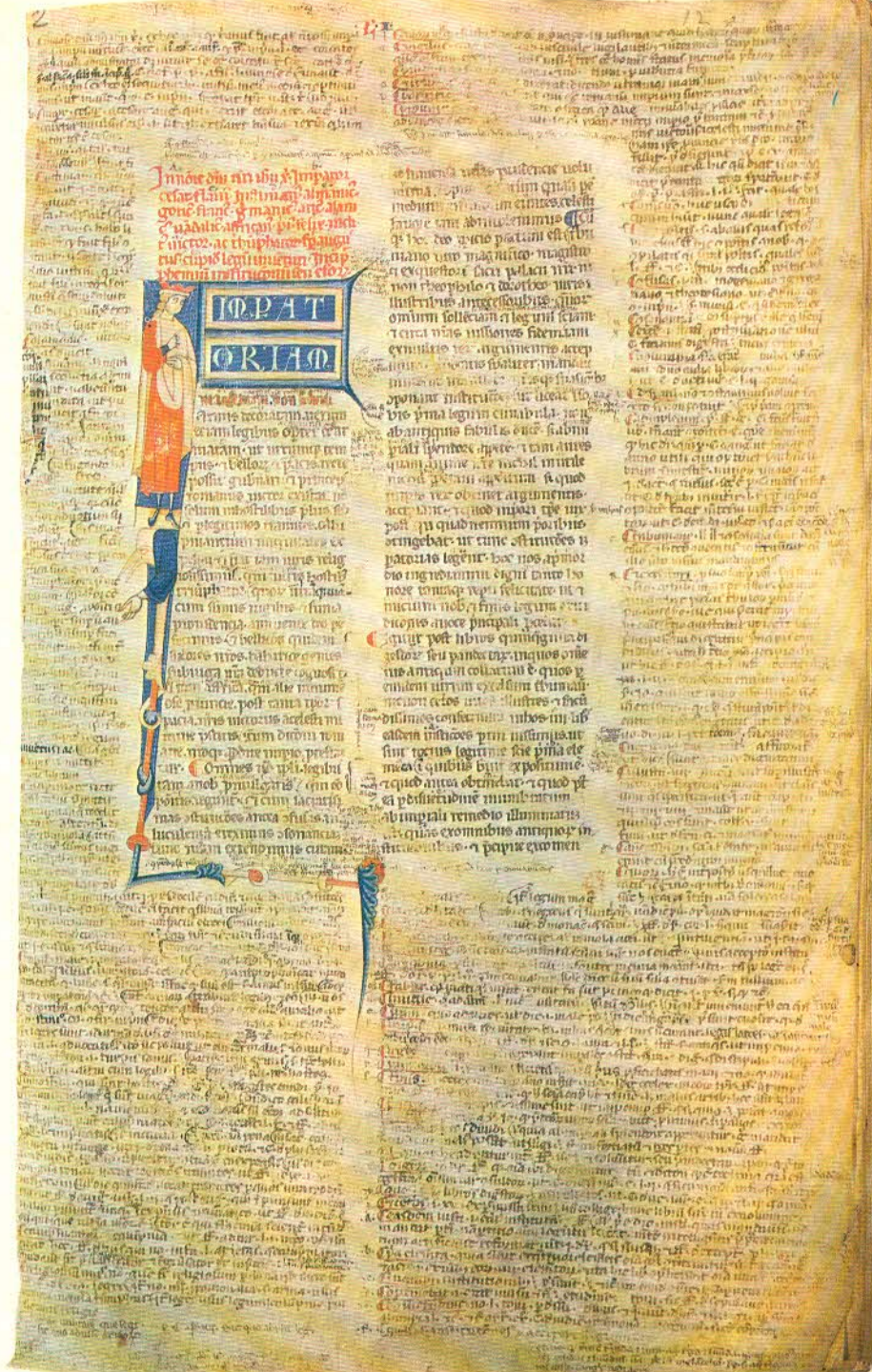
Como los originales de que se valieron Triboniano y sus colegas han desaparecido, estas citas de las *Pandectas* tienen un valor histórico extraordinario. Por ellas podemos restaurar, en parte, los escritos de los últimos tiempos de la República y los primeros siglos del Imperio.

Por fin, Justiniano hizo ordenar un tratado sumamente práctico, resumen del *Digesto*, llamado *Instituta*, y fundó escuelas de derecho en Roma, Constantinopla y Beirut. Sin embargo, pronto se advirtió que el esfuerzo de Justiniano sería más útil a las generaciones de un porvenir lejano que para su propio tiempo. Nada nos dará mejor idea de la inestabilidad de las cosas humanas que el pensar que el *Digesto* se ha salvado de la destrucción sólo por un único manuscrito... Un código único, copiado el siglo VII en Constantinopla, llevado a Amalfi, donde estuvo ignorado varios siglos, llevado después a Pisa y hoy en Florencia, es el "original" del que se derivan todas las copias y ediciones de la gran compilación ordenada por Justiniano.

Justiniano fue un activo constructor. Reedificó edificios que estaban ya algo arruinados o resultaban viejos para el gusto de la época, y a él debemos las suntuosas iglesias de Santa Sofía y de Santa Irene en Constantinopla, que todavía subsisten, y las iglesias de San Vital en Ravena, y Santa Sofía y San Demetrio en Salónica, que son los más excelentes ejemplares del arte bizantino. Es sorprendente que quien hiciera edificar aquellos monumentos tratase de imponer el derecho consuetudinario romano. La codificación de las leyes de Roma y el estilo de Bizancio como arquitectura oficial están en franco contraste. Todo el derecho romano es razonable y razonado; el arte bizantino es el triunfo de la fantasía, con sus valores imaginarios.

Mientras en materia de derecho y en la pauta de la organización del gobierno, Justiniano se mantuvo, hasta donde cabía, dentro de la tradición imperial romana o latina, en arte, filosofía y literatura prefirió las novedades que podía recibir de las provincias orientales. La poesía clásica griega era preferida a la latina.

Para construir sus grandes edificios, el emperador bizantino importó arquitectos de Siria y Asia Menor, donde había una escuela de constructores basada en el sistema de cúpulas enteramente opuesto al clásico de columnas y arquivadas. Para la iglesia mayor de Constantinopla hizo venir dos famosos arquitectos del Asia, Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto, que levantaron el templo gigantesco que subsiste todavía dedicado a Santa Sofía, o sea la Divina Sabiduría. Se comenzó en 532; su inmensa cúpula tie-



Página miniada del siglo XIV de los "Instituta", recopilación de leyes romanas mandada hacer por Justiniano (Biblioteca de El Escorial, Madrid). La gran obra jurídica debida al impulso de Justiniano es el "Corpus iuris civilis", que durante siglos estuvo en vigor en Europa. Cuatro libros formaban este Corpus: el "Digesto", el "Codex iustinianus", los "Instituta" y las "Novellae".

ne treinta y tres metros de diámetro. De los dos arquitectos, Antemio era, además de constructor, famoso como médico y algo dado a la magia. Isidoro fue editor de las obras de Arquímedes y gran matemático.

Justiniano fue ayudado en sus empresas por Teodora, su fiel esposa. Le sirvió aconsejándole hasta su muerte, debida a un cáncer, en junio del 548. Había sido emperatriz más de veintinueve años. Justiniano murió en noviembre del año 565. Había durado su reinado treinta y ocho años y siete meses.

BIBLIOGRAFIA

Bréhier, L.	<i>La civilización bizantina</i> (3 vols.), México, 1955-1956.
Bury, J. B.	<i>History of the Later Roman Empire</i> (2 vols.), Dover, 1958.
Cirac, S.	<i>Bizancio y España</i> , Barcelona, 1952.
Collinet, P.	<i>La genèse du Digeste, du Code et des Institutes de Justinien</i> , París, 1952.
Diehl, Ch.	<i>Figures bizantines</i> , París, 1909 (4. ^a ed.). <i>Grandeza y servidumbre de Bizancio</i> , Madrid, 1963.
Downey, G.	<i>Constantinople in the Age of Justinian</i> , University of Oklahoma Press, 1960.
Lemerle, P.	<i>Historia del Imperio bizantino</i> , Barcelona, 1963.
Rice, D. T.	<i>Constantinople</i> , París, 1966.
Runciman, S.	<i>Bizantine Civilization</i> , St. Martin's, 1966.
Sestan, E.	<i>L'alto Medioevo</i> , Novara, 1967.
Vasiliev, A. A.	<i>Historia del Imperio bizantino. I. De Constantino a las Cruzadas</i> , Barcelona, 1946.



Fragmento del mosaico que, según se cree, cubría el suelo de la basílica de Santa Sofía, en que se hallan representados dos muchachos armados de lanza (Museo Arqueológico, Constantinopla).